

NUESTRO LEMA 2021



Hagamos del
encuentro
nuestra Casa



Sobre Nuestro Lema Anual

Darnos un lema anual es dejarnos habitar por él. No se trata meramente de una frase bonita de alto impacto, de reproducir acríticamente un slogan o de una estrategia de mercadotecnia que nos visibilice. El lema es la condensación en un enunciado y en unas imágenes de un fondo de riqueza espiritual que ayuda a mirar la realidad desde nuevas perspectivas, recuperando aquello más valioso de nuestra tradición congregacional y eclesial.

El lema es un modo de mirar la vida, de relacionarnos y de vincularnos entre las personas y con el mundo que nos rodea, con todo lo que allí ocurre. Es, también, un modo de experimentar la presencia de Dios.

El lema será así una oportunidad más para recrear nuestra cultura institucional desde la disponibilidad para dejar que permee transversalmente en nuestras estructuras, en nuestras prácticas, en nuestras preguntas y búsquedas en todos y cada uno de los niveles que atendemos y desde los distintos roles que cada miembro posee en esta comunidad de comunidades. Desde el año pasado comenzamos a vivir unas realidades inéditas para todos nosotros. Nuestro día a día, nuestro entorno cercano, la región en la que vivimos y el mundo todo se vio afectado y modificado. De todo esto nos hacemos conscientes. Hemos aprendido, sí. Sin embargo, precisamos seguir haciéndolo individual y colectivamente. Porque esto no es parte de un pasado remoto y superado. Aún hoy nos modifica y nos afecta. Y las posibilidades y escenarios de lo que está por venir están siempre signados de interrogantes y lógicas cambiantes. Con el Papa Francisco, anhelamos: *“Ojalá que tanto dolor no sea inútil, que demos un salto hacia una forma nueva de vida y descubramos definitivamente que nos necesitamos y nos debemos los unos a los otros, para que la humanidad renazca con todos los rostros, todas las manos y todas las voces, más allá de las fronteras que hemos creado.”*^[1]

Si contemplamos la Historia de Salvación, son numerosos los momentos de crisis en los que es la fe –en definitiva– la que orienta y da fortaleza a los patriarcas, a los profetas, a los discípulos. Jesús mismo vive su noche oscura en el monte de Getsemaní y busca allí el consuelo y la ratificación de su confianza en Dios, su Padre. Sin embargo, hay un hecho que podría servirnos para establecer alguna analogía con el tiempo que vivimos globalmente. Se trata de Pentecostés.

Al llegar el día de Pentecostés, estaban todos reunidos en el mismo lugar. De pronto, vino del cielo un ruido, semejante a una fuerte ráfaga de viento, que resonó en toda la casa donde se encontraban. Entonces vieron aparecer unas lenguas como de fuego, que descendieron por separado sobre cada uno de ellos. Todos quedaron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en distintas lenguas, según el Espíritu les permitía expresarse.

[1] Carta Encíclica Fratelli Tutti, 35.

Había en Jerusalén judíos piadosos, venidos de todas las naciones del mundo. Al oírse este ruido, se congregó la multitud y se llenó de asombro, porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Con gran admiración y estupor decían: “¿Acaso estos hombres que hablan no son todos galileos? ¿Cómo es que cada uno de nosotros los oye en su propia lengua? Partos, medos y elamitas, los que habitamos en la Mesopotamia o en la misma Judea, en Capadocia, en el Ponto y en Asia Menor, en Frigia y Panfilia, en Egipto, en la Libia Cirenaica, los peregrinos de Roma, judíos y prosélitos, cretenses y árabes, todos los oímos proclamar en nuestras lenguas las maravillas de Dios.” (Libro de los Hechos de los Apóstoles 2, 1-11).

Podemos destacar que a partir de la muerte y resurrección de Jesús, las comunidades cristianas vienen de un tiempo intenso de sucesos dramáticos y persecuciones por reafirmar su fe y seguimiento a Jesucristo y su proyecto del Reinado de Dios. Las emociones, “el sentir” de ellos y ellas es contradictorio: tristeza y alegría, desazón y esperanza, miedo y valentía...En ese entramado, sin dudas, el temor, es el más urgente de todos los sentimientos. Por ello el contexto es de encierro. La Iglesia germina en las casas y luego en las catacumbas. La fe era una dimensión profundamente social para los (varones) judíos. Sin embargo, se ven obligados a vivir esta nueva fe en el encierro.

La comunidad de Jesús tiene un núcleo pequeño con la que vive algunos momentos de intimidad. Pero el movimiento creado por él, se expande. Se trata de un hecho “global”, o lo que en la conciencia judía de aquella época puede pensarse como global. Fue, con certeza, un acontecimiento plural e incluyente. La fe en Jesús y la acogida de la acción del Espíritu Santo los mueve a salir al encuentro de otros. Salen decididamente del encierro y del miedo.

Esta fe común les da la capacidad de entenderse. Del mito de la Torre de Babel a Pentecostés hay un esfuerzo narrativo por dar cuenta de esta capacidad de entenderse, de superar los obstáculos y las diferencias desde el seguimiento de Jesús. De una espiritualidad del cumplimiento, a una espiritualidad de seguimiento; de un encierro endogámico familiar y cultural, a una apertura a la riqueza de la diferencia; de ser “pueblo elegido” a dar testimonio hasta los confines de la tierra [2].

Este hecho, la infusión del Espíritu Santo, transforma el quedarse refugiado en el núcleo pequeño de una comunidad a vivir el modelo de comunidad de comunidades creyentes seguidoras de Jesús, que conforma la Iglesia Primitiva.

[2] Cfr. Libro de los Hechos de los Apóstoles 1, 8.

Los que recibieron su palabra se hicieron bautizar; y ese día se unieron a ellos alrededor de tres mil. Se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. Un santo temor se apoderó de todos ellos, porque los Apóstoles realizaban muchos prodigios y signos. Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común: vendían sus propiedades y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno. Íntimamente unidos, frecuentaban a diario el Templo, partían el pan en sus casas, y comían juntos con alegría y sencillez de corazón; ellos alababan a Dios y eran queridos por todo el pueblo. Y cada día, el Señor acrecentaba la comunidad con aquellos que debían salvarse. (Libro de los Hechos de los Apóstoles 2, 41-47).

El lema de este año nos invita a recrear la experiencia fundante de Pentecostés y dejarnos transformar por ella en nuestras vidas, en las comunidades educativas de las que formamos parte y en el conjunto distrital.

Hagamos del encuentro nuestra Casa. Porque precisamos de nuestra valentía para no detenernos en lo estático de las condiciones aparentemente dadas. Abrir nuestras propuestas educativas y pastorales desde acciones propositivas y confiadas que sitúen a las personas y al Dios de la vida en el centro, afrontando los desafíos que nos interpelan con creatividad y responsabilidad. Encuentros así constituyen nuestra Casa.

Hagamos del encuentro nuestra Casa. Porque nos impera reavivar el compromiso por y con las jóvenes generaciones. Renovamos la pasión por una educación de calidad, más abierta e incluyente, capaz de la escucha paciente, del diálogo constructivo y de la mutua comprensión. Una educación que forma personas y comunidades preparadas para superar fragmentaciones y, así, reconstruir el tejido de las relaciones hacia una humanidad más fraterna, una nueva solidaridad universal y una sociedad más acogedora. Encuentros así constituyen nuestra Casa.

Hagamos del encuentro nuestra Casa. Porque urge renovar el diálogo sobre los modos en que estamos construyendo el futuro del planeta. Profundizar un camino educativo que nos lleve a asumir como sociedad —a partir de una sana antropología— otros modos de entender la economía, la política, el crecimiento y el progreso. Tener el coraje de educar personas y comunidades responsables y creyentes que pongan en el centro el valor propio de cada criatura, en un itinerario de ecología integral, desde un estilo de vida que rechace la cultura del descarte. Encuentros así constituyen nuestra Casa.

Sin miedos que paralizan, con responsabilidad y solidaridad, salimos al encuentro movidos por la fuerza de la fe y la esperanza, como los testigos de Pentecostés, para hacer posible la Buena Noticia. Hagamos del encuentro nuestra Casa.

